

República Dominicana/Haití – Fronteras lingüísticas y políticas en el territorio de la Hispaniola

Entrevista a Juan Valdez

Maite Celada (USP), Xoán Lagares (UFF)

“Nació en un barrio de Santo Domingo y se crió en el sur del Bronx.” Con esa referencia tan expresiva comienza la nota biográfica, escrita por el propio Juan Valdez, con la cual cierra esta entrevista. El estudioso viene trabajando sobre la compleja y, podríamos decir, indómita frontera trazada sobre el territorio de la Isla Hispaniola, entre los estados nacionales de Haití y de República Dominicana. Su relato, imbuido de saberes de varios campos (historia, política, lingüística), por un lado, señala los varios procesos que trataron de delimitarla y, en ciertos momentos, sería mejor decir de imponerla; por otro, interpreta los efectos de tales procesos, que se materializan en un cierto (des)orden, o en un orden propio a lo real, que escapa a la (ir)racionalidad moderna, para dialogar con la observación que Camblong realiza en el texto incluido en el dossier de este número.

La entrevista nos acerca a la complejidad de hechos en los que la historia y lo político se han entrelazado para dar cuenta del trazado de la frontera que cruza el mapa de la isla, dejando rastros en la lengua, en las lenguas y – por leer desde Brasil – *nos entremeios dessas línguas*. Así, dejará en suspenso el efecto de naturalidad con el que muchas veces se nos presentan las fronteras de los estados nacionales.

En el espacio de América Latina, delimitado por ese vasto territorio que – como diría César Fernández Moreno – se extiende al sur del Río Bravo y presenta una cierta homogeneidad cultural, política, social, lingüística, religiosa, existen casos como este – el que tiene lugar en el territorio de la Hispaniola – que es preciso develar, para dar visibilidad a las modalidades específicas que toma la historia

en América Latina y que hace que esta se presente aún hoy con ciertos rasgos de homogeneidad. Para ello, capturamos la mirada del estudioso del lenguaje que no reproduce la posición de los intelectuales (filólogos y académicos) – tal como se observa en su análisis – que entraron en alianzas con el poder sin ofrecerle la resistencia que el saber (y la sensibilidad que este logra propiciar) puede llegar a suponer. En este sentido, la enunciación de Valdez ocupa no el mapa sino el territorio, y lo habita con una postura política que da cuerpo a su investigación y a la producción de conocimiento que la misma promueve.

La frontera entre República Dominicana y Haití parece estar marcada por una confrontación histórica compleja y de fuertes efectos sobre el territorio de la isla. Sería muy bueno que nos dijeras en qué consisten los aspectos lingüísticos que pueden considerarse como efectos de ese proceso histórico y que habitan tal frontera.

A José Núñez de Cáceres, primer gestor de la independencia dominicana (1821), se le atribuye la frase de que en la isla hoy conocida como Hispaniola la lengua constituía “un muro de separación tan natural como insuperable, como puede serlo la interposición material de los Alpes y de los Pirineos.” La idea de que la isla está naturalmente dividida por dos lenguas distintas que marcan los espacios políticos y zonas culturales que corresponden nítidamente a cada cual aparece temprano en los proyectos de construcción nacional de ambos estados. Lo podemos corroborar en varios de los relatos historiográficos relevantes. El estado haitiano liderado por Jean Pierre Boyer propuso una política lingüística que instauraba el francés, lengua que verdaderamente en la isla pocos hablaban, como la lengua de comunicación oficial. Los líderes haitianos pensaban que la unificación lingüística ayudaría a consolidar todo el territorio insular y zanjar las diferencias raciales y culturales. Ignorando la complejidad de las comunidades de kreyolparlantes e hispanoparlantes, dicha política lingüística fracasó. Por su parte, los caudillos y las elites dominicanas pudieron persuadir a muchos de que la lengua española era el arma y el escudo que les había permitido preservar sus características de pueblo hispano, católico y blanco. Así, en el territorio oriental, se fue desarrollando una comunidad basada primordialmente en la lengua y opuesta a la haitiana, basada en la raza. Si bien el kreyol haitiano dominaba en la región fronteriza y las respectivas comunidades de hablantes bilingües coexistían en diferentes grados, los gobiernos de turno de ambos lados alternaban entre indiferencia, menosprecio y desprecio hacia las realidades lingüísticas. Pero a partir de principios del siglo 20, con la intervención de filólogos y académicos, comienza a cristalizarse la ideología lingüística dominante dominicana que plantea que la lengua española constituye “una barrera

indestructible” a partir de la cual debe concebirse el territorio nacional dominicano en toda su extensión. En consecuencia, el estado dominicano ha hecho caso omiso a los derechos lingüísticos de los habitantes de las regiones fronterizas y de los haitianos que viven en la República Dominicana con o sin protección jurídica.

¿Cómo funciona en ese conjunto la hegemonía de la lengua española?

A partir de esa época de acelerados y violentos cambios históricos, se consolida el proyecto de construcción nacional dominicano tras la figura del dictador Rafael L Trujillo (1930-1961) en cuyo régimen sirvieron talentosos intelectuales. Entre ellos había un repertorio de filólogos y académicos quienes, en conjunto, trazaron las políticas educativas y lingüísticas del régimen. El plantel escolar, especialmente en la zona transfronteriza, se convirtió, como dijo el escritor Ramón Marrero Aristy, en un verdadero “laboratorio pedagógico” nacional, en el cual se llevó a cabo asiduamente la tarea de hispanizar y deshaitianizar el territorio oriental. Casi todos coincidieron que la mejor herramienta para representar el imaginario social dominicano de una nación blanca, católica y española era la lengua española. En 1934, Mario Fermín Cabral, líder del senado dominicano, declaró que la enseñanza obligatoria del español en las escuelas era lo más importante. Según él, “lo demás vendrá como secuela natural”. Y en efecto, la lengua española jugaría un papel central como instrumento normalizador de los patrones de comunicación en la zona y también como instrumento de socialización del nuevo ciudadano dominicano. La cristalización del poder estatal y la consolidación nacional se conseguiría por medio de mecanismos de socialización y demás procesos ideológicos propios del escenario pedagógico. La hegemonía del español garantizaba la lealtad del ciudadano, la seguridad nacional y la expansión del estado.

De acuerdo con algunos sentidos desplegados por Altagracia Espada en “El cuerpo de la patria: imaginación geográfica y paisaje fronterizo en la República Dominicana durante la Era de Trujillo”, algunos estudiosos consideran que esa frontera habría pasado de frontera a borde.¹ ¿Estás de acuerdo con mantener conceptualmente ese pasaje? ¿El mismo tiene alguna relevancia en tu forma de abordar el objeto?

Hasta cierto punto, Altagracia Espada, la historiadora estadounidense Lauren Derby y otros coincidimos en que el objeto de estudio que nos interesa es el

1 El texto al que hacemos referencia es el que lleva ese título, y su autor es Carlos Daniel Altagracia Espada. Ese libro fue editado en Colombia, por Nomos Impresores, en 2010, 235 pp.

espacio transformado a partir de las intervenciones directa del estado dominicano y la introducción de la economía global que comienzan a regularizar las vidas y la interacción de los habitantes de esta zona durante la primera mitad del siglo XX. Derby (1994) trabaja esta diferencia conceptual y el analista dominicano Odalís Pérez (2002) alude a ella.² Por mi parte, trato de entender el carácter político de los procesos de transculturación y desplazamiento lingüístico que disminuyeron la vitalidad de las comunidades bilingües y sus prácticas lingüísticas. Pero difiero de las aproximaciones que insisten en que hubo una transformación absoluta en la cual no quedan indicios de las prácticas biculturales antiguas ni deja rastro de estadios lingüísticos anteriores. Aún hoy en día, es posible encontrar zonas de intercambios culturales. Tenemos el ejemplo de algunos de mis informantes, rayanos (habitantes de la región fronteriza culturalmente haitianizados) que cruzan la frontera para asistir a fiestas y bailar al compás de ritmos haitianos. Y, naturalmente, en estas zonas es posible escuchar pronunciaciones del español dominicano con acento haitiano. Allí la r uvular característica del kreyol haitiano le pone sazón a la conversación diaria y al constante diálogo intercultural.

Tu lugar de investigación parece estar atravesado por la glotopolítica y separarse de perspectivas etnográficas, entre otras. ¿Cómo explicarías la necesidad de realizar ese desplazamiento teórico? ¿En qué consiste el diferencial que te aporta esa mirada y con qué aspectos de tu objeto de estudio tiene que ver?

Aunque mis investigaciones se centran en las intervenciones específicas de determinados agentes sobre la lengua en un contexto definido por conflictos políticos, no pierdo el interés por las implicaciones etnográficas o por cómo la elección de la lengua o la discriminación lingüística en esta zona han sido explícita e implícitamente acompañadas por consideraciones raciales. La idea aludida por Marrero Aristy en los años 40 de que “hablar creole es pensar en haitiano” tiene su correlación con las expectativas raciales (y racistas) que condicionan los espacios sociales en el contexto dominicano en general y en la región fronteriza en particular. Precisamente en las zonas de mayor contacto lingüístico, se sigue exigiendo que “el que sea prieto que hable claro”, como si el habla más cercana a la variedad lingüística dominicana de mayor prestigio, el dialecto capitaleño, fuese capaz de resolver cualquier duda respecto a la procedencia étnica y nacional de los interlocutores en cuestión. Aunque ya he analizado rigurosamente la racialización del español dominicano en los textos de Pedro Henríquez Ureña y sus contemporáneos, me interesa profundizar aún más en cómo las categorías étnicas entran en los procesos de representación lingüística. Sin embargo, dado mi entrenamiento como lingüista, quisiera poner a disposición de las partes interesadas los resultados de un estudio fundamentalmente centrado en abarcar los problemas sociológicos relacionados a la variación

lingüística. Lo cual no impide que pueda contribuir a la comprensión de la interacción entre lengua, raza e historia.

¿Hace mucho que trabajas con esa frontera? ¿En qué consiste tu programa de trabajo actual con la misma?

Mi inquietud por la frontera dominico-haitiana comienza a raíz de un trabajo de campo de corte etnográfico que realicé hace 5 años en la provincia de Samaná en el noroeste de la República Dominicana. Allí, junto a hablantes del español, conviven desde el siglo XIX hablantes nativos del inglés, descendientes de inmigrantes negros afro-americanos y de inmigrantes de las Antillas anglófonas y hablantes del kreyol haitiano, descendientes de cimarrones, soldados haitianos y de matrimonios mixtos de haitianos y dominicanos. Al conocer a algunos de estos últimos hablantes, visitar sus hogares y observar cómo han preservado sus prácticas lingüísticas pese a la agresiva política monoglósica del estado, sentí curiosidad por conocer otras zonas de contacto lingüístico vital en la isla. Después de diversos tanteos y breves entrevistas con unos pocos transfronterizos, comencé a estudiar sistemáticamente esta zona y su historia a través de un *corpus* de textos representativo del discurso metalingüístico y las relaciones dominico-haitianas.

Desde tu perspectiva de investigador de realidades multilingües, interesado en procesos de construcción histórica de identidades complejas, ¿cómo ves el desafío de la gestión política de esas realidades?

¡Si tan solo nos echaran una mano las agencias de relaciones públicas! No, en serio. Creo que la principal responsabilidad del investigador consiste en proveer la descripción más completa y la explicación más adecuada de estos fenómenos. Por supuesto, uno sueña con poder acercar a las partes interesadas en un diálo-

2 DERBY, Lauren. "Haitians, magic, and Money; raza and society in the Haitian-Dominican Borderlands, 1900 to 1937." *Comparative Studies in Society and History*, n. 36.3, p. 488-526, July 1994. Este artículo está disponible en Google Scholar, <http://journals.cambridge.org/action/displayAbstract;jsessionid=6838B735D2D06C58A4CD5A92951711FD.journals?fromPage=online&aid=4418600>. El breve capítulo de Pérez Odalís, G. "El discurso histórico de la frontera: un relato de identidades." Está disponible en Google Books en: http://books.google.com.br/books?id=E5UfZWbYuFOC&pg=PA110&dq=odal%C3%ADs+perez+el+discurso+hist%C3%B3rico+de+las+fronteras&hl=pt-BR&sa=X&ei=pd2JT4icB42k8QTO_bDiCQ&ved=0CDgQ6AEwAA#v=onepage&q&f=false Y está incluido en su libro: *La Ideología rota: el derrumbe del pensamiento pseudonacionalista dominicano*. Santo Domingo: Editora Manatí: 2002, p. 110-121.

go que cree las condiciones óptimas para el desarrollo pleno de las realidades multilingües e identidades complejas que uno estudia. Pero la larga tradición monoglósica, los monopolios sobre los procesos de toma de decisión y los grupos que compiten por el control de las instituciones desde donde se legitiman las prácticas lingüísticas no comparten ni ceden espacios fácilmente. No obstante, por un lado, creo que estudios como los nuestros son imprescindibles para el desarrollo de las herramientas destinadas a los maestros a cuyas aulas llegan los miembros más vulnerables de estas comunidades multilingües y multiculturales. Por otro lado, será necesario avanzar con confianza las herejías que más problematizan las posiciones de los que se aferran al monopolio de los recursos y las representaciones de las realidades.

Sabemos que la educación es un aspecto fundamental en la gestión de situaciones plurilingües, con posibilidades de intervención reales, ¿cómo se da esa compleja realidad de la que hablas en la escuela o en las escuelas? En la actualidad, ¿hay algún tipo de iniciativa en ese sentido?

En cuanto a iniciativas dentro del terreno de la educación, existen algunos esfuerzos notables. Algunas ONGs y grupos comunitarios locales, por ejemplo, intentan facilitar la documentación civil de los habitantes fronterizos y fomentar el mayor acceso a los programas de educación básica. Por otro lado, la oferta del estado no va muy lejos. Diplomáticos y agentes dominicanos autorizados prometen crear proyectos masivos de educación de “naturaleza binacional,” pero, hasta el momento, no vemos resultados concretos. Unas pocas escuelas secundarias ofrecen cursos de francés en un contexto totalmente desligado de la situación de los kreyolparlantes bilingües quienes terminan adoptando las actitudes lingüísticas prevalentes. Hace poco, la prensa nacional dominicana le hacía publicidad a una propuesta del gobierno de desarrollar una especie de francofonía sin referencia al kreyol haitiano circundante. No obstante, emerge una conciencia de la necesidad de desarrollar programas de educación que tomen en cuenta la realidad bicultural y bilingüe de los habitantes de la zona. A nosotros, los que bregamos con políticas lingüísticas en contextos de educación intercultural, apoyándonos en los argumentos bien fundados de los investigadores en lingüística, antropología, historia, economía y sociología, nos toca desarrollar el *curriculum* necesario para la transformación de la enseñanza. A la misma vez, será fundamental poder explicar, discutir y apoyar con orden y amplitud todo lo relacionado a la preparación y las metodologías de los maestros responsables de la educación de los dominicanos, haitianos y dominico-haitianos en una sociedad multilingüe y multicultural. ¡No serán tareas fáciles!

Nacido en un barrio de Santo Domingo, Juan R. Valdez se crió en el Sur del Bronx. Se doctoró en Lingüística Hispánica en el Centro de Estudios Graduados de la Universidad de la Ciudad de Nueva York (CUNY). Es un sociolingüista comprometido con el estudio de la naturaleza política del lenguaje y la comunicación en zonas de contacto. Su libro *Tracing Dominican identity: the writings of Pedro Henríquez Ureña* (2011, Palgrave Macmillan), que muy pronto será editado en castellano, es un esfuerzo por trazar las implicaciones sociohistóricas de los textos lingüísticos de Pedro Henríquez Ureña, en los cuales emergen diversas visiones racializadas de las distintas variedades del español americano, especialmente en la que corresponde a la variedad dominicana. Sus investigaciones actuales se centran en los discursos metalingüísticos que emergen en el Caribe Hispánico en contextos de conflictos políticos. Ha enseñado español como segundo idioma y cursos de lingüística en diversas universidades de EE.UU. En la actualidad, es profesor de educación bilingüe en Queens College (CUNY).